

liberado de todo deseo personal anclado en el azar, lo cual no es, evidentemente, el caso de Mallarmé envejeciendo. Por cruel paradoja, es un muerto, ay, ordinario, su hijo Anatole, quien logró, por si hiciera falta, que Mallarmé no pudiera esperar a morir, desencarnarse, olvidarse, puesto que intentarlo sería traicionar el simple deseo de vivir que había en el niño. Una de las condiciones necesarias de la nueva escritura faltará para siempre.

Y sin embargo, una vez enumeradas las razones de la impotencia mallarmeana y sus marcas en los escritos que siguieron al «Brindis fúnebre», hoy nos resulta fácil hacer el relevamiento de los signos que en Mallarmé traicionan, hasta su último minuto, la supervivencia de una esperanza que no desalienta ninguna experiencia contraria. Mallarmé escribe el *Tríptico* y está obligado a constatar en él la presencia irrepreensible de la significación en el verso, tratando de pensar, resignado, que el verso, siendo un hecho del lenguaje, necesita tal armadura. Comprendemos entonces que está pensando en otra cosa, en mucho más, porque son escasas las páginas dedicadas a este «ejercicio», hecho no más que «para mantener en forma la mano», como le diría a Verlaine, explícitamente. Y cuando parece aceptar, en esa *Echada de dados* casi póstuma, que todo escrito es pensamiento, y todo pensamiento echada de dados, azar, y por lo tanto no hay motivo para excluir de la actividad poética, a falta de algo mejor, algunas puestas en escena del drama intelectual en sus situaciones extremas, que son de absoluta lucidez, no deja de indicarnos que conserva un culto al verso antiguo, aunque este último sólo haya sido «el imperio de la pasión y los ensueños», y hasta deja aflorar en su pintura del gran naufragio el vago resplandor, en el horizonte, de lo que aún debemos considerar como la esperanza. «Sólo tendrá lugar el lugar», escribe, no se escapa al azar, al arrecife, a la materia. Pero casi enseguida, y que se me excuse borrar de sus palabras el espacio que las distiende, con sus efectos de lejanía, de cielo, se puede leer: «exceptuada/ en la altura/ quizá/ tan lejos que un rincón se fusiona con el más allá (...) una constelación», como si Mallarmé se entregara todavía al espejismo del final del soneto en yx: la estructura de palabras que, conforme a la imagen de la Osa, «enumeraría» –tomaría en el ser del número– una «total cuenta en formación», la poesía del futuro. Una cuenta a la cual se añadiría en el momento, en el más allá inconfesado de sus «ejercicios», el retomado trabajo sobre la inacabable *Herodías*: «*Herodías* terminada si la suerte quiere», garrapateaba para sus allegados algunas horas antes de la muerte. «Y creed» agrega «que debía ser bella».

La esperanza de escribir en plena evidencia, de «apaciguar del Edén la inquieta maravilla», nunca abandonó a Mallarmé. Pero se fue volviendo, digámoslo, cada vez más insensata. Y es esta contradicción, duramente

vivida, es esta aporía de una fe a la vez muerta y viva, la causa –a ella vuelvo ahora– de los silencios, las reticencias de su «segunda» correspondencia, porque hablar de la poesía en una carta dirigida a alguien que podría responderla, lo habría obligado a admitir tal imposibilidad, en tanto que en el secreto de sí, aunque las conclusiones sean las mismas, y aunque se disponga a fijarlas por escrito, se puede aún dejar para mañana, para la última tentativa todavía soñada, el momento de la resignación. Aceptar el azar, sí, porque de cualquier forma se debe hacerlo, pero que sea –en textos como esos breves poemas inextricables o en la *Echada de dados*– de una manera como separada del ser que se es, de su propia existencia íntima. Y en el secreto de la relación consigo mismo más bien entregarse –para ahogar la angustia, para aplazar la muerte– a, por ejemplo, esta actividad, esta agitación –pero sin palabras– que en un espíritu como Mallarmé sorprenden: el proyecto de una asociación internacional de poetas, a partir de 1873, en la cual el más exigente y ambicioso de todos los del siglo habría aceptado a unos rimadores de cualquier parte; o ese proyecto de encender el fuego del teatro en los rincones de París, una ciudad que, ciertamente, no habría de arder. Más bien, sí, esos ensueños del insomnio, de la angustia. Y, cuando se habla de alguien, desviar la conversación de la mayor esperanza y ofrecer, tras las tertulias de los martes –que deslumbraban por las variaciones pero no por el tema– una mano impaciente de retomar la escritura.

Mallarmé tiene un secreto en esos años de su reino sobre la poesía de vanguardia, un secreto que es su locura. Y no porque haya cambiado sus instrumentos alquímicos guarda silencio sobre la poesía en su correspondencia tardía, sino para poder continuar quemando sus muebles en la búsqueda del oro que no espera encontrar, pero con el cual sueña. «Todo hombre lleva un secreto consigo, muchos mueren sin haberlo hallado» escribía a Théodore Aubanel el 16 de julio de 1866 –añadiendo enseguida la famosa frase: «He muerto y resucitado»– y bien: he aquí que descubre el suyo. Pero éste no es el gran recurso que había creído reconocer como suyo en los últimos años, una aptitud para desasirse del deseo de posesión, para liberarse de esa empresa de la materia. No, simplemente es que desea esa disipación del deseo de una manera tan violenta, aunque imposible, que ningún desmentido del mundo o de la razón podrá acabar con la obsesión ni atenuar el dolor de verla escapar.

Mallarmé tiene este secreto. Y como todo el que tiene en sí algo de incomunicable, de inconfesable, está solo, aun entre quienes lo aman. Este maestro que suscita reverencia y, aún más, afecto, entendámoslo, a pesar de las noches en casa –donde todos se aprietan y él se oculta en círculos de humo– como alguien que sólo charla para velar su soledad: no pudiendo más que morir, morir en el más simple sentido de la palabra